

«En Laponia y en las provincias septentrionales de Asia, es quizá mayor el número de los renos domésticos que el de los silvestres; pero en Groenlandia aseguran los viajeros que todos son salvajes.

«Estos animales son tímidos y fugitivos, y huelen los hombres de lejos. Los mayores renos de Groenlandia no son mas corpulentos que un novillo de dos años; y esto me hace conjeturar que son de la especie que Edwards llama gamos de Groenlandia, mas de un tercio menores que los de la especie grande: unos y otros desmogan en la primavera y casi al mismo tiempo se les cae el pelo: entonces se enflaquecen y se adelgaza su piel, pero en el otoño engordan y la piel se engruesa. De esta alternativa, dice Mr. Auderson, vese que todo los animales del Norte sufren mejor los extremos del calor y del frio: gordos y bien abrigados en invierno, y flacos y con poco abrigo en el verano: en esta última estación pacen la yerba tierna de los valles: en la otra buscan debajo de la nieve el muzgo de las peñas.

El alce y el reno son ambos del número de los animales ruminantes: así lo indica su modo de alimentarse, y lo demuestra la inspección de sus partes internas: sin embargo, Torneo Scheffer, Regnard, Hulden y otros muchos han escrito que no rumia el reno. Ray tuvo justo motivo para decir que esto le parecia increíble; y efectivamente el reno rumia como el ciervo y como todos los demas animales que tienen muchos estómagos. La duración de la vida del reno doméstico no es mas que de 15 á 16 años; pero es de presumir que vive mas tiempo el reno silvestre, porque tardando este animal cuatro años en crecer, debe vivir 28 ó 30 años, viviendo en su estado de naturaleza. Los lapones cazan los renos silvestres de diferentes modos, según las diversas estaciones: se valen de hembras domésticas para atraer

los machos silvestres en el tiempo del celo: tambien los matan con balas y con flechas, y disparan estas últimas con tal violencia, que no obstante lo muy espeso del pelo y la resistencia del cuero, no necesitan frecuentemente mas que una flecha para matar el animal.

Hemos recogido los hechos concernientes á la historia del reno con el mayor cuidado, y los hemos presentado con la mayor circunspección, por lo mismo que no podiamos asegurarnos de ellos personalmente, ni tener aqui vivo este animal; y habiendo manifestado el sentimiento que esto me causaba, á algunos de mis amigos, Mr. Collinson, miembro de la Sociedad Real de Londres, sugeto tan recomendable por sus prendas como por su mérito literario, y con quien tengo amistad ha mas de veinte años, me hizo el favor de enviarme un dibujo del esqueleto del reno, y yo he recibido del Canada un feto de caribú. Con estas dos piezas y muchas cuernas de renos que nos han venido de varias partes, hemos podido verificar las semejanzas generales y las diferencias principales que hay entre el reno y el ciervo.

Por lo relativo al alce, he visto uno vivo quince años ha, y quise hacerle dibujar; pero como estuvo pocos dias en Paris, no hubo tiempo para concluir el dibujo, ni yo tuve mas que el preciso para comprobar la descripción que los académicos de las ciencias de Paris habian dado de este animal, y asegurarme de que es exacta y conforme á la naturaleza.

«El alce, dice el redactor de las Memorias de la Academia, es notable por lo largo del pelo, la magnitud de las orejas, la pequeñez de la cola y la forma del ojo, cuyo grande ángulo es muy hendido, igualmente que la boca, que lo es mucho mas que en los bueyes, los ciervos y demas animales bisulcos. El alce que disecamos era casi del tamaño de un

ciervo, y su cuerpo tenia de largo seis pies y cinco pulgadas, desde la estremidad del hocico hasta el origen de la cola, cuya longitud era solamente de dos pulgadas y cuatro líneas: su cabeza no estaba armada de cuernas, porque el animal era hembra: el cuello era corto, no teniendo mas de diez pulgadas y media de largo y otras tantas de ancho; y las orejas diez pulgadas y media de largo, y cuatro pulgadas y ocho líneas de ancho. El color del pelo no se diferenciaba mucho del de la piel del asno, cuyo gris á veces se acerca al color del pelo de camello. Pero este pelo era muy diferente del del asno, que es mucho mas corto, y del pelo de camello que es mucho mas fino; pues la longitud del pelo del alce era de tres pulgadas y media, y su grueso igual al de la mas recia crin de caballo: este grueso iba siempre en disminucion hácia la punta, que era muy delgada, y tambien hácia la raiz; pero repentinamente hácia esta, formando como la empuñadura de una lanza; y esta empuñadura tenia diferente color que lo restante del pelo, pues era blanca y diáfana, como las sedas del puerco. Este pelo era largo como el del oso, pero mas derecho, mas grueso y mas echado; y todo de una misma especie; y el labio superior grande y desprendido de las encias, pero no tan grande como dice Solino, y como Plinio le ha supuesto en el animal que llama *machlis*. Estos autores dicen que el alce se vé precisado á pastar caminando hácia atrás para impedir que su labio se le introduzca entre los dientes; pero nosotros hemos observado en la diseccion, que la naturaleza ha evitado de otro modo este inconveniente por medio de lo grande y fuerte de los músculos destinados particularmente para levantar el labio superior; y tambien hemos hallado las articulaciones de la pierna muy apretadas con ligamentos, cuya dureza y grueso puede haber

dado motivo á la opinion de que el *alce* una vez echado no puede levantarse. Sus pies eran semejantes á los del ciervo, aunque mucho mas abultados; y fuera de esto nada tenian de extraordinario. Hemos observado que el ángulo grande del ojo era hendido hácia abajo mucho mas que en los ciervos, los gamos y los corzos, y de un modo particular, pues no era la hendidura segun la direccion de la abertura del ojo, sino que formaba ángulo con la línea que vá de uno de los ángulos del ojo al otro: la glándula lacrimal inferior tenia una pulgada y nueve líneas de largo, y ocho líneas de ancho. En el cerebro hallamos una parte, cuyo tamaño tenia tambien relacion con el olfato, el cual, segun Pausanias, es mas fino en el alce que en ningun otro animal, pues los nervios olfatorios, llamados comunmente *apophisas mamilares*, eran sin comparacion mayores que en ningun otro animal de los que hemos disecado, teniendo mas de cuatro líneas de diámetro. Por lo tocante al pedazo de carne que algunos autcores le suponen en el lomo, y otros bajo la barba, puede decirse que sino se equivocaron ó fueron demasadamente crédulos, estas cosas eran particulares en los alces de que hablan. En esta parte podemos añadir nuestro propio testimonio al de los académicos de las ciencias; pues en el alce que vimos vivo, y que era hembra, no observamos ningun lobanillo debajo de la garganta ni de la barba; y sin embargo, Linneo, que debe conocer los alces mejor que nosotros, pues habita en su pais, hace mencion de este lobanillo debajo de la garganta, y aun le dá por carácter esencial del alce. No hay otro medio de conciliar esta asercion de Linneo con nuestra negativa, que suponer este lobanillo ó *carúncula gutural* al alce macho, al cual no hemos visto, y si es así, este autor no debiera haberla dado por carácter esencial en la es-

pecie, puesto que la hembra no la tiene. Puede tambien darse que esta carúncula sea una enfermedad, una especie de papera comun entre los alces, porque en las dos figuras que de este animal pone Gesnero, à la primera, que no tiene cuernas, se la vé una gruesa carúncula debajo del cuello, y no la tiene la segunda, que representa un alce macho con sus cuernas.

En general, el alce es animal mucho mayor y mas robusto que el ciervo y el reno: su pelo es tan áspero, y tan dura su piel, que apenas puede penetrarla una bala de fusil; y sus piernas tan firmes, y de tanto movimiento y tanta fuerza, especialmente en las piernas delanteras, que de una sola patada puede matar un hombre, un lobo, y aun partir un árbol. Con todo, se le caza casi como nosotros lo practicamos con el ciervo; esto es, à fuerza de hombres y de perros. Aseguran que cuando es perseguido, suele caer repentinamente (1), sin haberle disparado, ni herido,

(1) Preparada la caceria desde el dia anterior, no bien llegamos à tiro de pistola del bosque, cuando vimos que un alce que iba huyendo, cayó repentinamente sin haberle herido, ni oido disparar. Pregunté à mi guia é intérprete la causa, y respondió que era el mal caduco que padecen todos aquellos animales, por lo cual los llaman *ellens* que significa *miserable*. Y à no ser por este mal que los hace caer, con dificultad se les daría alcance, como lo vi poco despues que el caballero noruego hubo muerto este alce asi caido; pues persiguiendo despues otro mas de dos horas no le podiamos alcanzar, ni lo hubiéramos conseguido, à no haber caido como el primero del mismo mal caduco, despues de haber muerto con los pies delanteros tres de los mejores perros de este caballero, quien sentido de esta perdida, no quiso cazar mas. En señal de amistad me dió los pies izquierdos traseros de los alces, que habia muerto, diciéndome que eran excelente remedio para el mal caduco; à que le respondí con risa que temiendo tanta virtud aquel pie me admiraba de que el animal que le llevaba siempre consigo, no se curase. Confesó que yo tenia razon; pues habiendo dado aquel

y de esto han conjeturado ser sujeto à la epilepsia ó mal caduco: deduciendo de esta conjetura (mal fundada, pues solo el miedo pudiera producir el mismo efecto) una consecuencia absurda, y es que sus pezuñas debian curar la epilepsia y aun preservar de ella; y esta preocupacion grosera se ha esparcido tan generalmente, que, aun en el dia, se vé que muchas gentes del pueblo llevan anillos en que hay engastado un pedacito de pezuña de alce.

El haber muy poca gente en las partes septentrionales de América, es causa de que se encuentre allí mucho mayor número de toda especie de animales, y particularmente de alces, que en el Norte de Europa. Los salvages no ignoran el arte de cogerlos: los siguen por el rastro, à veces muchos dias consecutivos; y à fuerza de constancia y de maña, consiguen su intento. La caza de invierno es singular: «Srivense, dice Denys, de *raquetas*, por cuyo medio se camina sobre la nieve sin hundirse. El oriñal camina poco, porque se hunde en la nieve, lo cual le fatiga mucho para caminar: no come sino los vástagos recientes de los árboles: donde los salvages encontraban comidos estos vástagos, hallaban en breve los animales, que por no poder caminar de prisa estaban poco distantes, y fácilmente se les acercaban: arrojábanles un dardo, que es una asta larga, à cuya estrechidad hay asegurado un hueso grande y afilado que penetra como una espada: si era muy numerosa la manada de oriñales, los hacian huir: entonces estos animales se ponía todos cola con cola, formando un circulo de legua y media ó dos leguas, y à veces mayor, y à fuerza de dar vueltas apretaban la nieve de

remedio à muchas personas afligidas del mismo mal, no se habian curado, y que conocia, como yo, que la supuesta virtud del pie de alce era un error popular.

tal modo que no se hundian mas: cansado el que está delante, se pone detrás de los otros: los salvages emboscados los esperaban al paso y los herian: habia un salvage que los perseguia siempre; á cada vuelta quedaba muerto un alce, pero al fin huia á los bosques.» Comparando esta relacion con las que dejamos citadas, se vé que el hombre salvage y el oriñal de América son copias fieles, el primero del lapon, y el segundo del alce de Europa.

Muchos viajeros han pretendido que en la América septentrional hay alces de un tamaño mucho mas considerable que el de los alces de Europa, y aun de los que se ven mas comunmente en América. Mr. Dudley, que ha remitido á la Sociedad Real de Londres una escelente descripcion del oriñal, dice que los cazadores mataron uno, cuya altura era de once pies y ocho pulgadas.

Josselyn asegura haberse hallado en la América septentrional alces de catorce pies de alto. Los viajeros que han hablado de estos alces agigantados, dan siete pies de largo á sus cuernas; y segun Josselyn, los estremidades de las dos cuernas distan una de otra dos brazas, de doce á trece pies. La Hontan dice que hay en América cuernas de alce que pesan de trescientas á cuatrocientas libras. Todas estas noticias pueden ser exageradas ó no tener mas fundamento que las relaciones infieles de los salvages, los cuales pretenden que á setecientas ú ochocientas millas al Sudoeste del fuerte de Yorck, existe una especie de alce mucho mayor que la ordinaria, y á la cual dan ellos el nombre de waskeser; pero lo que sin embargo pudiera dar motivo á presumir que estas relaciones no son absolutamente falsas, es haberse encontrado en Irlanda gran cantidad de cuernas fosiles de enorme tamaño, las cuales se han atribuido á los grandes alces de la América septentrional, de

que habla Josselyn, respecto á no poder suponer que algun otro animal haya llevado cuernas tan grandes y pesadas. Estas cuernas difieren de las de los alces de Europa ó de los ordinarios de América en ser sus astas proporcionalmente mas largas, y estar guarnecidas de cercetas mas anchas y gruesas, señaladamente en las partes superiores. Una de estas cuernas fosiles, compuesta de dos astas, tenia seis pies y cuatro pulgadas de largo desde su insercion en el cráneo hasta la punta: las cercetas tenian de largo cerca de un pié; la empalmadura de un pié y nueve pulgadas de ancho: y la distancia entre las dos estremidades, era de nueve pies; pero esta enorme cuerna era sin embargo muy pequeña en comparacion de otras que se han hallado igualmente en Irlanda. Mr. Wright ha dado la figura de una de estas cuernas, que tenia nueve pies y cuatro pulgadas, y cuyas dos estremidades distaban entre si mas de diez y seis pies. Quizá estas grandísimas cuernas fosiles pertenecieron á alguna especie, que no subsiste desde largo tiempo, ni en el antiguo ni en el nuevo mundo; pero si existiesen todavía individuos semejantes á los que llevaban estas enormes cuernas, se podria creer que eran los alces, á quienes los americanos llaman waskeser; y esto confirmaria las relaciones de Dudley, de Josselyn y de la Hontan.

Pontoppidam asegura que los renos parecen en todos los paises del mundo, á escepcion de los del Norte, y que aun allí es preciso que habiten en las montañas; pero añade cosas menos creibles, diciendo que sus cuernas son movibles, de modo que el animal puede doblarlas adelante ó atrás; y que encima de los párpados tiene en la piel una abertura, por la cual vé un poco cuando la gran cantidad de nieve le impide abrir los ojos. Este último hecho me parece imagina-

do á vista de la costumbre que tienen los lapones de cubrirse los ojos con un pedazo de madera hendida, para evitar la demasiada claridad de la nieve, que los pone ciegos en pocos años, cuando no cuidan de disminuir con esta precaucion el reflejo de aquella luz demasiado blanca, que ofende mucho la vista.

Es notable en estos animales el estallido que se oye en todos sus movimientos, sin que para esto sea necesario que caminen, ni corran; pues basta causarles alguna sorpresa ó temor, tocándolos, para percibir el ruido que hacen sus articulaciones. Aseguran que sucede lo mismo al alce; pero no hemos tenido ocasion de verificarlo.

EXTRACTO DE CARTA DEL CABALLERO DE BUFFON AL CONDE DE BUFFON. LILA 30 DE MAYO DE 1785.

«Acaban de llegar aquí tres renos, el uno macho, de edad de seis años, el otro hembra, de edad de tres años, y el restante tambien hembra, de un año. El hombre que los conduce y hace ver al público por dinero, asegura haberlos comprado en una poblacion de lapones, nombrada en sueco Deger-Forth-Capel, en la provincia de Wertu-bollo, á noventa millas (doscientas y setenta leguas de Francia) de Stockolmo, y ocho millas (veinte y cuatro leguas) de Huma, y desembarcádoslos en Lubeck el mes de noviembre del año próximo pasado. Estos tres hermosos animales son muy familiares, y especialmente el mas jóven, que juega como un perrillo con los que le acarician; y todos tres están gordos, muy alegres y sanos.

«He examinado y comparado estos renos, tenien-

do á la vista la descripcion que vd. hace de ellos, y la he hallado exacta en todas sus partes. El reno macho tiene sus cuernas cubiertas de correas, como las del ciervo, renovadas recientemente: estas cuernas son muy calientes al tacto; y cada tronco tiene un pie y ocho pulgadas de largo desde su nacimiento hasta la estremidad, en la cual se empiezan á reconocer dos cercetas de punta redonda; y no puntiaguda como las del ciervo. Estas dos ramas se separan en sus estremidades: su curvatura es hácia delante: son uniformes y de muy buenas medras: las dos cercetas inmediatas á la cabeza crecen hácia delante, acercándose á la nariz del animal, haciéndose aplastadas y anchas, con seis cercetas ó candiles pequeños, que en todo imitan la figura de una mano que tuviese seis dedos separados: el resto de las cuernas produce muchas ramas, que casi todas se encaminan hácia delante, á lo que he podido juzgar por un dibujo muy mal hecho que me ha presentado el dueño de estos renos, de las últimas cuernas de uno que vendió en Alemania, las cuales, segun me dijo, tenían cuatro pies y ocho pulgadas de alto, y pesaban veinte y siete libras. La estremidad de cada tronco se termina en unas anchas paletas, que tienen cercetas pequeñas como las que hay cerca de la cabeza. La regularidad de las recientes cuernas que he visto, y sus medras, indican que serán soberbias.

«Comen heno, escogiendo las cañas que tienen el grano, y tambien chicorias silvestres, frutas y pan de centeno, prefiriendo estos tres alimentos á todos los demas que se les presentan. Cuando quieren beber, entran un pie en el cubo, y procuran enturbiar el agua moviéndola: todos tres tienen este mismo hábito, y casi siempre tienen el pie dentro del cubo mientras beben.

«La hembra grande tiene dos prominencias que

anuncian la renovacion de las cuernas; y la pequeña tiene tambien las mismas prominencias. He visto las cuernas que tuvo la hembra en el año último, las cuales no eran mayores que las de un corzo: su figura era tortuosa y nudosa: y la figura de cada rama muy irregular.

«En estos renos he reconocido todos los caracteres que vd. designa: el crujido de los pies cuando caminan, y con especialidad despues que han estado en reposo: el pelo largo y blanquecino en la parte inferior del cuello, y la figura de este, que en parte es parecida á la del buey, y en parte á la del ciervo: la cabeza y los ojos semejantes á los del buey: la cola muy corta y parecida á la del ciervo; y la parte posterior de la grupa, blanquecina como en el ciervo. Este reno no tiene en sus movimientos la lentitud del buey, ni la agilidad del ciervo, pero tiene la vivacidad del último, moderada por su forma, que no es tan fina: los he visto rumiar, y se arrodillan para echarse: aborrecen á los perros, y huyen de ellos con miedo, ó procuran maltratarlos con los pies delanteros: su pelo es de color pardo leonado, y este último se degrada hasta llegar á blanquecino en el vientre, á los lados del cuello y debajo de la grupa.

«Los dos espolones que tiene en cada pierna trasera son gruesos y bastante largos para que sus puntas toquen en tierra cuando camina el animal: estos espolones se separan en esta situacion, y el reno, cuando camina, deja señalados cuatro puntos, de los cuales los dos de las piernas traseras entran en tierra ó en la arena de cuatro á cinco líneas, debiendo estos espolones ser muy útiles al animal para afianzarse en la nieve.

«El macho tiene seis pies y cinco pulgadas de largo desde la estremidad del hocico hasta el origen de la cola, y tres pies, diez pulgadas y ocho li-

neas de alto, desde la planta del casco hasta la cruz.

«La hembra grande tiene cinco pies y tres pulgadas de largo, y tres pies y medio de alto.

«La hembra chica, cuatro pies, nueve pulgadas y dos líneas de largo, y tres pies y dos líneas de alto.

«Estos animales tienen ocho pequeños dientes incisivos, del mas bello esmalte, y muy bien colocados en la estremidad anterior de la mandíbula inferior, y cinco muelas á cada lado en lo interior de la boca, quedando un espacio de cuatro dedos entre las muelas y los incisivos de cada lado, en cuyo espacio no hay dientes. La mandíbula superior sólo tiene cinco muelas á cada lado, sin ningún incisivo.

«El tiempo de la brama es el mismo que el del ciervo: la hembra recibió el macho en el mes de noviembre del año pasados á cuatro leguas de Upsal.

«Ya es bastante, y quizá demasiado hablar de unos animales que vd. conoce mejor que yo sin haberlos visto; pero como hasta ahora no se han presentado renos vivos en Francia, he creído que mis observaciones no desagradarian á vd. etc.»

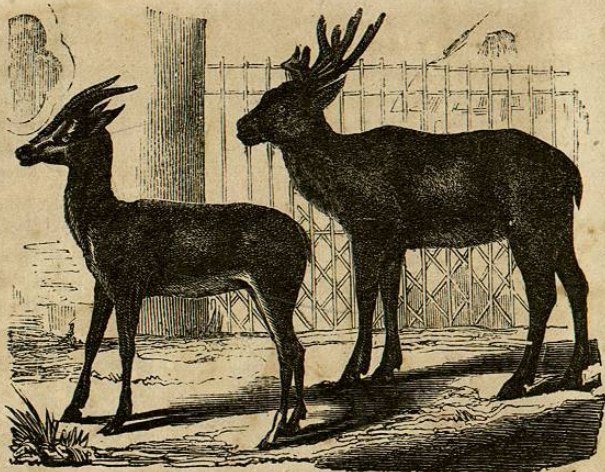
Acaso no hay un animal que se domestique mas fácilmente que el reno cuando se ha cazado joven: demuestra hácia su amo una singular afeccion á cual se une mucho. G. Cartiurig, inglés, que ha habitado cerca de seis años en la costa de Labrador, dice, que un reno joven que se habia cogido, y al cual dejó en libertad al cuarto dia, demostraba los mismos signos de adherencia y de fidelidad que un perro. Se acostaba al pie de la cama de su amo, y cada instante, por decirlo así, se levantaba para asegurarse de su presencia mirándole el rostro: cuando perdía de vista á su amo se ponía inquieto y le buscaba por todas partes, ahullando como un perro; pero no bien

Se distinguía cuando corria hácia él dando saltos de gozo. Observando á este animal con detenimiento, se notaba que no dormía y que no permanecía con los ojos cerrados mas de dos segundos.

El alce aun cuando de indole feroz, no es menos susceptible de domesticidad que el reno. Mr. Fouché de Obsenville alimentaba á uno en la India que habian cogido pocos dias despues de su nacimiento; este animal nunca se separaba de él y andaba suelto por todas partes, acudiendo á la voz de su amo, y solo mostraba su impaciencia cuando no podia estar al lado de su dueño. Mientras duró un viage que tuvo que hacer Mr. Fouché, le ataron; pero de tal modo llegó á enfurecerse que nadie se determinaba á arriarse á él, echándole el alimento desde lejos, mas cuando su amo estuvo de vuelta y el animal le vió, comenzó á hacer los mayores esfuerzos para desembarazarse de su atadura, y los transportes y caricias de este alce, produjeron en su amo la sensibilidad mas exquisita hacia este animal domesticado.

CABRON MONTÉS, GAMUZA Y DEMAS CABRAS.

Aunque hay apariencias de que los griegos conocieron la cabra montés y gamuza, no las designaron con denominaciones particulares, ni aun las atribuyeron caracteres precisos para que se las pudiese reconocer, contentándose con indicarlas bajo el nombre genérico de *cabras silvestres*, probablemente en la persuasion de que estos animales eran de la misma especie que las cabras domésticas, pues no las pusieron nombres propios, como lo hicieron con todos



La Gacela.

El Reno.



La Gamuza.

El Musco.